

HOMENAJES

A Luisa de Urtubey*

*Edmundo Gómez Mango***

Estimado Agustín de Urtubey,
Estimados colegas, queridos amigos:

Es siempre triste decir adiós a la persona querida. Sabíamos que Luisa estaba enferma, pero no esperábamos un final tan rápido. Es siempre difícil decir adiós al amigo, a la amiga. El hecho que esta desaparición se produzca lejos del país natal, allá donde la amiga no sólo ha nacido, sino también allá donde pasó su infancia, su juventud y parte de su edad madura, confiere a este adiós una resonancia particularmente nostálgica. Si deseé hoy pronunciar algunas palabras "cerca del cadáver de la persona amada", circunstancia en que tantas cosas se pasan en el alma, donde tantos acontecimientos fundadores de la "psique" advienen, es porque quise compartir esta nostalgia con los amigos franceses y rioplatenses que hoy acompañan a Luisa en su partida, los de aquí, presentes, los de allá, ausentes.

Sentí el deber moral y amistoso de comunicar su desaparición a aquellos que estuvieron ligados a ella en distintos momentos de sus existencias. Escribí mails a Juan Carlos y Esperanza

* Palabras pronunciadas en la ceremonia religiosa de despedida a Luisa de Urtubey, el miércoles 1ero. de abril del año 2009.

** Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Francia. 150 Av. Du Maine 75014, París, Francia. E-mail: edmundo.gomez@wanadoo.fr

Plá, que viven en México, a Carlos Sopena y su señora, que residen en Madrid, a Guillermo Bodner y Arminda, en Barcelona, a los amigos más próximos de Montevideo, Marcelo y Maren Viñar, Daniel y Elsa Gil, Clara Uriarte, pensé en Alberto y Myrta Pereda, Beatriz de León y Ricardo Bernardi, Fanny Schkolnick, en Irene Maggi de Macedo, en muchos más que sería muy largo evocar, en el conjunto de la Asociación Psicoanalítica de Uruguay. Los mensajes de retorno fueron numerosos y cálidos, expresando la amistad y la tristeza profundas. Quise así reunir, en torno de Luisa ausentándose, a los amigos de la diáspora de la familia psicoanalítica uruguaya dispersa por el mundo.

Dos aspectos contradictorios se recontraban en Luisa, o en la percepción interna que tuve de ella. Por un lado, una gran dama del psicoanálisis, que había consagrado lo mejor de sí misma al estudio de la teoría psicoanalítica y a sus pacientes. Por otro lado, me parecía preservarse en ella una joven que nos asombraba a veces por un algo de ingenuo y de espontáneo.

No es hoy el momento de recordar los aportes de sus trabajos a la teoría y a la clínica psicoanalíticas. Señalemos brevemente su tesis y su libro *Freud y el diablo* (1983) y sus numerosas contribuciones al estudio de la contratransferencia y de la interpretación.

Yo recuerdo un primer encuentro con ella, en Montevideo, a fines de los años sesenta, cuando la Facultad de Medicina renovaba su plan de estudios y llamaba a colaborar a sociólogos, psicoanalistas y psiquiatras en un esfuerzo de convergencia multidisciplinaria.

Yo recuerdo el primer día de nuestra llegada a París, en marzo de 1976, cuando Luisa nos esperaba, a Assia y a mí, en la casa de Salomón Resnik, en la calle Cardinal Lemoine, cerca de la plaza de la Contrescarpe.

Yo recuerdo los numerosos veranos de aquellos años, cuando Luisa nos invitaba a compartir con ella en su casa de Hendaya, cerca del castillo de Urruña que había pertenecido a sus antepasados, una parte de las vacaciones, con nuestras hijas, entonces niñas, Casilda y Guiomar. Yo recuerdo las horas de lectura, de silencio,

de escucha de la música, las conversaciones que compartimos con ella en esa época.

Con los años, nuestros caminos bifurcaron. A su llegada a Francia Luisa era ya miembro titular de APU, fue miembro titular de la Société Psychanalytique de Paris. Yo hice mi camino en la Association Psychanalytique de France. Seguimos estando unidos por una amistad sincera.

Me gustaría evocar dos presencias, que estoy seguro, ella hubiera deseado tener cerca suyo en este momento de despedida y de separación. La de Willy Baranger, a quien ella consideraba como un maestro del psicoanálisis, y la de Susana Soca, una de las voces más altas de la poesía uruguaya. Pertenece a la familia materna de Luisa quien la había conocido en su infancia y juventud.

Los versos que leeré hablan de la soledad y de la infancia, muchas veces me pareció presentir que Luisa estaba habitada por un gran soledad de infancia.

El poema dice así :

A las siete, la luna.

*Vuelve a su infancia en medio de la escarcha
aquella que tomaba para sí
el esplendor de la reciente noche
y en transitoria casa de espejos recogía
el largo centelleo.
Avencidado a nuestros ojos cabe
alto y sin soledad el esplendor más solo.*

Adiós, querida Luisa, hasta "el país de la memoria".